

Esto era una demencia, pues no se comprende que toda una nacion llegara á cegarse por el fanatismo hasta el punto de privar de su gefe al ejército al principio de una expedicion tan importante.

Alcibiades hubiera podido despreciar este decreto y sublevar las tropas, pero prefirió retirarse. Apresuróse pues á embarcarse despues de frustrar el ataque de los Atenienses contra Mesina, denunciando á los Siracusanos los traidores que habian ofrecido entregar la ciudad. Al llegar á Thurium burló la vigilancia de sus guardas y huyó. Uno que le conoció le dijo: *Pues qué, Alcibiades ¿ no os fiáis en vuestra patria? Para todo lo demas me fiaria en ella*, respondió; *pero cuando se trata de mi vida no me fiaria ni aun de mi propia madre, temiendo que se equivocase y tomase una haba negra por una blanca*. Los Atenienses al saber su evasion le condenaron á muerte; pero él dijo: *yo les haré ver que vivo todavia*; y en efecto cumplió su palabra.

Desgracias de los Atenienses (415-413). Desde que se retiró Alcibiades, el ejército de Sicilia no contó ya mas que contratiempos. Abandonado Nicias á sí propio, volvió á caer en sus temores é incertidumbres. Su lentitud era causa de que le despreciasen sus soldados, y su pusilanimidad aparente le hacian la fábula y la risa de los enemigos. Mofado por los unos y ofendido por los otros, se decidió por último á sitiar á Siracusa y á estrecharla vivamente. Los Siracusanos, presas del hambre, trataban ya de rendirse, cuando Alcibiades que se habia retirado á Esparta, les envió el Lacedemonio Gilipo, cuyo valor é ingenio valian mas que un ejército. Gilipo reanimó el valor de los sitiados, y al dia siguiente de su llegada obtuvo una señalada victoria contra los Atenienses, llevándoles en derrota hasta sus atrincheramientos.

Este revés intimidó á Nicias, y le hizo caer de nuevo en su acostumbrada irresolucion y lentitud. No pudo reanimar el abatido valor de sus tropas, él cayó enfermo de la pesadumbre que le causó, y fue siempre desgraciado en todas sus tentativas. Pidió auxilio á los Atenienses, y le enviaron una escuadra mandada por Demóstenes. Este general era ardiente

é impetuoso, pero imprudente y temerario. Apenas llegó cuando quiso aventurarse á un combate en el que fue completamente derrotado. Al momento habló de volverse á Atenas, pero como esto hubiera sido vergonzoso para los Atenienses, imaginó Nicias nuevos retardos y dilaciones para diferir á lo menos tal afrenta. Sin embargo, nuevos reveses les obligaron á tomar esta humillante resolucion.

Todo estaba ya pronto para la marcha, y los Siracusanos no lo sospechaban siquiera; pero todo quedó paralizado por un eclipse de luna que llenó de espanto á los Atenienses supersticiosos. Segun Plutarco, Nicias propuso que se esperase á que la luna hubiese hecho una nueva revolucion, como si no la hubiera vista aparecer de nuevo con toda su claridad así que atravesó el espacio ocupado por la sombra de la tierra. Durante estos veinte y siete dias experimentó su flota dos nuevas derrotas. Victoriosos por mar los Siracusanos, cogieron todos los pasos por tierra, y encerraron á los Atenienses en su territorio. Postrado Nicias con su enfermedad y reducido á la última miseria, desplegabá un valor heroico. Manifestándose superior en todo á su mala fortuna, se defendió durante ocho dias contra los enemigos sin dejarse encantar; pero Demóstenes que estaba á la cabeza de la retaguardia, cayó en un lazo que le tendieron y se dió muerte.

Cautividad y muerte de Nicias (413). Despues de este desastre, ofreció Nicias á Gilipo tratar con él para comprar el libre regreso de los Atenienses á su patria; pero su proposicion fue desechada desdeñosamente, y entonces se empeñó una lucha decisiva. Los Atenienses se batieron como desesperados, sin poder abrirse paso por entre los enemigos. Nicias y sus bravos guerreros se echaron á los piés de Gilipo pidiéndole la vida y constituyéndose prisioneros suyos. El espectáculo de su desgracia enterneció el corazon del Espartano, y les prometió que no se les haria daño alguno; pero los Siracusanos estuvieron muy lejos de ratificar tan bella promesa; crucificaron á Nicias, y condenaron á todos sus soldados al penoso trabajo de las canteras. Los únicos que se

libraron de la esclavitud fueron aquellos que pudieron cantar á sus amos los hermosos versos de Eurípides.

§ III. Desde la expedición de Sicilia hasta el segundo destierro de Alcibiades (413-407).

Estado de la Grecia despues de la expedición de Sicilla (412). Los Atenienses perdieron en su desgraciada expedición 40,000 hombres, 240 buques mayores y todos sus tesoros; y por consecuencia no parecia que fuesen ya capaces de conservar su superioridad marítima. Sus reveses multiplicaron las defecciones. Sus aliados se aprovecharon de ellos para declararse independientes, y las ciudades neutras para pasarse á los Lacedemonios que adquirieron de pronto la superioridad. Tisafernes, sátrapa del rey de Persia, ganado por Alcibiades, tomó tambien partido contra Atenas, y muchas ciudades de la Jonia imitaron su ejemplo. En Esparta no se hablaba mas que de Alcibiades, quien se manifestaba austero, frugal y laborioso como si fuera el mas ardiente admirador de Licurgo. Su popularidad le acarreó el enojo de Agis, el cual celoso y vengativo trató de darle muerte. Alcibiades lo supo, huyó y fué á la corte de Tisafernes, á quien habia seducido con sus complacencias y lisonjas.

Política de Alcibiades (411). Aquel bárbaro, que ni era franco ni leal, se admiraba de la maravillosa flexibilidad y manejo de su ilustre huésped, que sabia tomar todas las formas imaginables y acomodarse á todos los caracteres. Su cariño para con él llegó hasta tal punto, que dió su nombre al mas magnífico y delicioso de sus jardines. Alcibiades que entonces detestaba ya tanto á los Espartanos como les habia amado antes, se sirvió de su favor con Tisafernes para perjudicarles, inspirando al sátrapa un plan de conducta perfectamente acorde con los intereses del rey de Persia; y así le aconsejó que socorriese débilmente á Lacedemonia, que protegiera secretamente á Atenas, y que mantuviese el equilibrio entre ambas ciudades rivales de manera que pudiera llegar

algun dia á someterlas una y otra, despues de que se hubieran arruinado mutuamente con sus disensiones. Tisafernes le dió oídos, y esto fue lo que permitió á los Atenienses que reparasen sus desastres.

Consejo de los cuatrocientos (411). Durante aquel tiempo Alcibiades hizo saber á los Atenienses reunidos en Samos que estaba dispuesto á volver á Atenas con tal que se sustituyera la aristocrácia á la democrácia. La mayor parte de los generales acogieron su proposición con entusiasmo, y encargaron á uno de ellos llamado Pisandro de que fuese á Atenas para mudar el sistema de gobierno, haciendo triunfar á los nobles contra el pueblo. Consiguiólo sin dificultad, y se confió el poder á un consejo de cuatrocientos ciudadanos, con la irrisoria cláusula de que consultarían á la asamblea de los cinco mil cuando lo creyesen conveniente; y el pueblo tuvo á bien creer que tan ridicula reserva ponía á cubierto su dignidad y derechos. Pero los cuatrocientos descontentaron á todo el mundo, é indignaron al pueblo con su crueldad asesinando á cuantos se oponían á su tiranía, y con su ambición irritaron á los grandes negándose á llamar á Alcibiades, cuya autoridad y talento les hacia sombra.

Llamamiento de Alcibiades. Cada dia salían de Atenas nuevos descontentos, los cuales iban á Samos para excitar el furor del ejército con la relacion de nuevos crímenes. Impacientados viendo á su patria en poder de tan crueles tiranos, eligieron otros gefes, y escogieron como generalísimo á Alcibiades. Su intención era hacerse á la vela para el Pireo y atacar directamente á los tiranos; pero Alcibiades tuvo la prudencia de moderar su primer arrebato, y de oponerse á semejante paso, que habria podido causar la ruina de Atenas. Contentóse con hacer saber á los Atenienses las intenciones de las tropas, y con mandarles que separasen á los cuatrocientos para establecer en su lugar el antiguo senado. Cuando se recibió esta orden en Atenas, se supo que los tiranos acababan de ser batidos en Eretria, y que la Eubea habia caído en poder los enemigos. Esta desgracia acabó de desacreditarles, y el pueblo que no esperaba ya su salvación

mas que de Alcibiades, se apresuró á deponerlos y á llamar á este grande hombre.

Epoca brillante del mando de Alcibiades (411-408). No queriendo Alcibiades que su llamamiento apareciese como un efecto de la clemencia y generosidad del pueblo, resolvió no volver á su patria sino cubierto de laureles. Marchó pues de Samos con algunos buques, anduvo cruzando al rededor de las islas de Cos y de Cnido, y fué á atacar á Mindaro, almirante de Esparta, cerca de Abidos. La lucha se hallaba ya empeñada entre los Atenenses y los Lacedemonios. Estos creyeron al pronto que venia á su socorro; pero de repente enarboló el pavellon ateniense, cayó sobre ellos impetuosamente y los derrotó (411). Despues de librarse de la perfidia de Tisafernes que trató de retenerle cautivo, se puso de nuevo á la cabeza de la flota ateniense, y marchó á conseguir una nueva victoria cerca de Cizica. Mindaro murió en el combate, y los atenienses reconquistaron el dominio del mar (410). *Todo se ha perdido*, escribieron á sus éforos los Espartanos consternados, *Mindaro ha muerto; los soldados perecen de hambre, y nos encontramos en la mas crítica situacion! ¿Qué haremos?* No era fácil decirlo en presencia de un adversario como Alcibiades. Este hábil caudillo, lleno de actividad y de celo, coronó todas sus hazañas con la toma de Bizancio, la cual dió á los Atenenses el dominio de la Tracia y de la Jonia (408).

Regreso de Alcibiades á Atenas (407). Alcibiades no volvió á Atenas hasta despues de todas sus brillantes conquistas. Apenas desembarcó cuando el pueblo, segun cuenta Plutarco, sin hacer caso de los demas generales corrió á él dando voces de alegría. Todos le saludaban, le seguian y le ofrecian coronas á porfia. Los que no podian acercarse á él le miraban de lejos, y los ancianos le enseñaban á los jóvenes. A la pública alegría se mezclaban las lágrimas que hacia derramar la memoria de las pasadas desgracias comparadas con la felicidad actual. Decian que si Alcibiades hubiera continuado á la cabeza del ejército no se habria frustrado la expedicion de Sicilia, ni se hubiesen desvanecido las esperanzas que habia hecho concóbir. Añadian que á pesar de haber encontrado

á Atenas privada del imperio del mar y sin poder defender apenas sus arrabales, la habia librado de las facciones, reparado sus ruinas, y despues de haberle hecho reconquistar su preponderancia marítima, la habia hecho triunfar por tierra de todos sus enemigos.

Lisandro. Tantos triunfos inquietaron á los Lacedemonios, y trataron de oponer á Alcibiades un general diestro y un numeroso ejército. Eligieron á Lisandro que era de la raza de los Heráclidas, y habia sido educado en una pobre casa con toda la dureza de las costumbres espartanas. Era servil para con los grandes, tenia una ambicion sin límites, y por sus astucias y artificios adquirió una reputacion de hombre político que igualaba á su gloria militar. Repetia con frecuencia: *A los niños se les engaña con juguetes y á los hombres con perjurios.* No dejó de recurrir á estas astutas intrigas, condenadas por la sana moral, para fundar la supremacia de Esparta. Denunció á Tisafernes ante el jóven Ciro, y cautivó de tal modo el favor de este príncipe y recibió tantos regalos suyos, que pudo aumentar un óbolo por dia al sueldo de sus marineros, por cuyo medio disminuyó la flota ateniense, porque el cebo de la ganancia le atrajo una multitud de remeros y soldados. Con todo no se atrevia á atacar á Alcibiades; pero este hábil general se retiró al Asia para reunir dinero, y dejó el mando de la flota á su piloto Antioco, con prohibicion de batirse durante su ausencia. Lisandro tuvo la suficiente habilidad y destreza para obligar á los Atenenses á que empeñasen la accion á pesar de las órdenes de su gefe. Venciólos cerca de Nocio, y les tomó quince galeras que le sirvieron de trofeo.

Nuevo destierro de Alcibiades (407). Trasibulo y todos los enemigos de Alcibiades marcharon inmediatamente á Atenas para acusarle de que habia dejado el mando de la flota á unos hombres toscos, á quienes amaba porque eran los instrumentos y compañeros de sus desórdenes; de que habia ido á enriquecerse en los paises inmediatos, y de que se habia entregado á los mas vergonzosos excesos la víspera de la accion, abandonando así el ejército a la merced de sus ene-

migos. Los Atenienses dieron crédito á todas estas acusaciones, y condenaron de nuevo á Alcibiades.

Desde aquel momento este grande hombre no volvió á presentarse en la escena. Despues de andar errante por la Bitinia, se refugió al palacio de Tisafernes en Frigia, esperando encontrar cerca del sátrapa la misma acogida que el gran rey habia hecho á Temístocles. Pero los Espartanos, que querian humillar á Atenas y temian el talento de Alcibiades, invitaron á Tisafernes á que diese muerte á su ilustre cautivo, y el sátrapa consintió en ello. Los soldados que enviaron á matarle no atreviéndose á acercarse á él, pegaron fuego á la casa, y la cercaron por todas partes; pero así que se apercibió de ello, recogió cuantos tapices y ropas pudo haber á las manos, las arrojó al fuego para contener sus progresos, y espada en mano y con el brazo izquierdo envuelto en su capa se lanzó á través de las llamas. Al verle huyeron los bárbaros, y ninguno se atrevió á medir sus fuerzas con él; pero le dispararon un diluvio de flechas y quedó muerto en el acto.

§ IV. Desde el segundo destierro de Alcibiades hasta la toma de Atenas.

Calicrátidas y sus hazañas. Los Atenienses se privaron de un gran defensor al desterrar á Alcibiades, y en vano esperaron llenar el hueco que dejaba eligiendo diez generales para desempeñar su cargo. Pero el celo de los Lacedemonios por sus leyes no solo no les permitió que se aprovecharan inmediatamente de tamaño desacierto, sino que les obligó á quitar el mando á Lisandro, porque ningun almirante podía conservar su cargo por mas de un año. Su sucesor Calicrátidas era valiente, tenia talento, y practicaba todas las virtudes de los Espartanos; pero como dice muy bien Plutarco, sus tropas no tenian para con él sino la misma admiracion que inspira la belleza de la estatua antigua de algun héroe, en vez del celo y afecto con que Lisandro les inflamaba. Al principio se encontró en el mayor apuro, porque Lisandro, antes de reti-

rarse, devolvió á Ciro el dinero que le habia dado para la manutencion de sus tropas, diciendo á Calicrátidas que si lo necesitaba fuese él mismo á pedirselo á dicho príncipe. Así lo hizo; pero nadie era menos apto que él para hacer la corte á un bárbaro. Cuando se presentó en el palacio del príncipe, uno de los oficiales le dijo: *Extranjero, Ciro no puede recibiros porque esta comiendo.* — *Bien,* replicó el Espartano, *esperaré que concluya.* Esta simplicidad le puso muy en ridículo, y tuvo que retirarse sin haber conseguido audiencia, y maldiciendo, lleno de cólera, al primero que dió á los Griegos el ejemplo de mendigar de este manera el favor de un bárbaro.

Batalla de las Arginusas (406). Este Espartano, cuya alma era muy noble y generosa, no fue despreciado por mucho tiempo de Ciro. Así que se apoderó de Metimno, el príncipe, lleno de admiracion por su valor, le envió algunos socorros, con los cuales hostigó vivamente á Conon, que era uno de los diez generales atenienses, y le bloqueó en el puerto de Mitilene. Este general hizo saber á sus conciudadanos su critica situacion, y le enviaron un poderoso ejército para libertarle. Presentóse muy luego hácia las islas Arginusas situadas entre Cumes y Mitilene, y al ver las fuerzas enemigas el piloto de Calicrátidas le hizo presente que seria mejor no aventurarse al combate; pero el Espartano, no teniendo en cuenta mas que su honor personal, le respondió que *Lacedemonia podia equipar una nueva flota si aquella perecía, pero que él no podia huir sin cubrirse para siempre de ignominia.* Fue vencido, toda su flota quedó destruida, y él pereció despues de batirse como un leon furioso.

Consecuencias de esta batalla. Al dia siguiente de esta brillante victoria enviaron los Atenienses una parte de su flota para socorrer á Conon que todavía se hallaba bloqueado por Eteonice delante de Mitilene. El resto recibió la orden de dar sepultura á los muertos; pero en aquel momento sobrevino una tempestad horrible, lo cual no les permitió cumplir con tan piadoso deber. El pueblo acusó de negligencia á los gefes del ejército, y condenó á muerte á los diez generales

que habian ganado la batalla. Los únicos á quienes no alcanzó esta cruel medida fueron Conon y sus tres colegas que no pudieron tomar parte en aquella gloriosa jornada. A la verdad no bien se ejecutó tan bárbara sentencia, el pueblo desengañado manifestó su arrepentimiento, y castigó á los que le habian incitado á un acto tan infame; pero el resultado fue que la república se vió privada de sus mas distinguidos generales, y que Atenas se deshonoró con un nuevo crimen. Habia maltratado á todos sus grandes hombres, y se hallaba en vísperas de recibir el castigo de todas sus ingratitudes.

Llamamiento de Lisandro (405). Atemorizados los aliados de los Lacedemonios por la derrota de las Arginusas, solicitaron que se llamase á Lisandro prometiendo batirse con mas ardor si se le daba el mando. Ciro instó tambien con el mismo fin, y para eludir la ley que prohibia que el mismo individuo desempeñase por dos veces las funciones de almirante, no se le dió mas título que el de lugarteniente, pero conservándole toda su autoridad. Principió la campaña saqueando las islas de Egiro y Salamina, é hizo una excursion al Atica; persiguiéronle los Atenienses, huyó hácia el Asia á través de las islas, y fué á poner sitio á Lampsaca, de la que se apoderó.

Batalla de Aigos-Potamos. La flota ateniense compuesta de 180 buques, se habia presentado para atacarle cerca de dicha ciudad; pero viendo que ya se habia apoderado de ella, subió hasta las aguas de Aigos-Potamos y le provocó al combate. Durante muchos dias se negó á la batalla, y sus negativas llenaron de presunción á los Atenienses, porque creyeron que les temia. Alcibiades que se hallaba entonces en las ciudades fortificadas del Chersoneso, se apresuró á advertirles de su error, previniéndoles del peligro que corrían; pero despreciaron sus avisos, y no quisieron fiarse mas que de su audacia, lo cual causó su pérdida. Sorprendiólos Lisandro cuando menos lo esperaban, y todos sus buques fueron destrozados. Este desastre hizo que Atenas perdiese el dominio del mar que conservaba hácia ya setenta y dos años. Todos

sus aliados la abandonaron para unirse á los Espartanos, y estos fueron á sitiar á Atenas.

Toma de Atenas (404). Despues de su victoria, recorrió Lisandro todas las ciudades marítimas, y obligó á los Atenienses á que se retirasen á Atenas, esperando aislarla de sus aliados para sitiarla con buen éxito. A pesar de este artificio, se defendió Atenas todavía por espacio de seis meses. Hostigados por el hambre y aniquilados por todos sus esfuerzos, sus habitantes, se vieron al fin obligados á aceptar este decreto de los éforos: « Demolireis las fortificaciones del Pireo y las largas murallas que le unen á la ciudad; evacuaréis todas las ciudades que habeis conquistado y os encerraréis en los límites de vuestro territorio, y bajo estas condiciones se os concederá la paz. Pagareis tambien lo que se crea conveniente, perdonareis á los desterrados, y en cuanto al número de buques que hayais de conservar os conformareis á lo que se os prescriba. »

Un pueblo que acepta semejantes condiciones prueba que no tiene ya vida ni vigor, y así Lisandro trató sin miramiento alguno á aquellos hombres bajos y serviles. Despues de arrasar las murallas construidas por Temístocles, hizo quemar todas las naves de los Atenienses al son de la flauta; confió el gobierno á treinta arcontes, quienes por su crueldad se apellidaron los *treinta tiranos*, y de este modo se terminó la larga guerra del Peloponeso con la humillacion y ruina de Atenas.